



 **Håkan**
Nesser La noche más
oscura

 Serie Inspector Barbarotti

Unos días antes de Navidad, la familia Hermansson al completo se reúne para celebrar los sesenta y cinco años de Karl-Erik, un padre encomiable y maestro jubilado, y los cuarenta de Ebba, su hija favorita. Unas horas después, se producen dos desapariciones inexplicables: primero, Robert, la oveja negra de la familia; al día siguiente Henrik, el hijo mayor de Ebba, quien desaparece en medio de la noche sin dejar rastro. Gunnar Barbarotti, un inspector de origen italo-sueco que trabaja en la policía de Kymlinge y que se preparaba para la odiosa perspectiva de una Navidad con su exmujer y sus exsuegros, se hará cargo del caso. Las investigaciones, sin embargo, parecen no avanzar. ¿Existe una conexión entre los dos casos? Obsesionado con encontrar la verdad, hará falta tiempo, perseverancia y la ayuda del destino para que las investigaciones tomen una dirección precisa y dé con el culpable antes de que el caso quede enterrado por el olvido.

Índice

I. Diciembre

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

II. Enero

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

III. Agosto

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

IV. Noviembre

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

V. Diciembre

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Notas

La ciudad de Kymlinge no existe en la realidad y la editorial Albert Bonniers Förlag nunca ha publicado un poemario titulado *El ejemplo del frutero*. Por lo demás, el contenido de este libro se corresponde en todo lo esencial con el conocido estado de las cosas.

I
Diciembre

Capítulo 1

Cuando Rosemarie Wunderlich Hermansson se despertó el domingo 18 de diciembre faltaban unos minutos para las seis y tenía una imagen muy nítida en la cabeza.

Desde una puerta miraba hacia un jardín desconocido. Era verano o principios del otoño. Contemplaba, sobre todo, a dos regordetes pajarillos de color amarillo verdoso; se habían posado en un cable telefónico a unos diez o quince metros de ella, y a cada uno le salía del pico un bocadillo de tebeo.

«Tienes que quitarte la vida», ponía en uno de ellos.

«Tienes que quitarle la vida a Karl-Erik», rezaba el otro.

Los mensajes iban dirigidos a ella. Era ella, Rosemarie Wunderlich Hermansson, la que debía quitarse la vida. Y matar a Karl-Erik. No cabía la menor duda al respecto.

Karl-Erik era su marido, y no fue hasta que pasaron unos segundos cuando se percató de que los dos absurdos postulados debían de tener su origen en algo que había soñado; pero se trataba de un sueño que se había desvanecido enseguida dejando tras de sí nada más que a esos dos extraños pájaros sentados en el cable. Muy raro todo.

Durante un instante permaneció quieta, tumbada sobre su costado derecho con la mirada fija en la oscuridad que la rodeaba, en busca de un amanecer ficticio que, con toda probabilidad, no había sobrepasado todavía los Urales, mientras escuchaba las respiraciones inalterablemente tranquilas de Karl-Erik. Entonces se dio cuenta de que, en efecto, así era. Los pájaros desplegaron sus alas y salieron volando, pero sus afirmaciones quedaron suspendidas en el aire, imposibles de malinterpretar.

Ella o Karl-Erik. Así era. Había una «o» entre los bocadillos, no una «y». Una afirmación excluía la otra, y daba la sensación de que era una necesidad imperiosa que eligiese una de las dos alternativas. Madre mía, pensó, sacó las piernas de la cama y se sentó. ¿Cómo habían llegado a esto? Como si esta familia no tuviese ya bastante.

Pero cuando enderezó la espalda y sintió el familiar dolor matinal hacia la tercera o cuarta vértebra, poco a poco se le fueron colando también los pensamientos cotidianos. Un bálsamo consolador, aunque bastante aburrido para el alma. Lo recibió con una especie de perezoso agradecimiento, se metió las manos en las axilas y, con pasos silenciosos, fue al cuarto de baño. Estás tan vulnerable por la mañana, pensó. Tan desnuda y desamparada. Una profesora de manualidades de sesenta y tres años no mata a su marido, eso es impensable.

Cierto que también daba clases de alemán, pero eso no cambiaba gran cosa las premisas. De ninguna manera lo hacía más aceptable. ¿Cómo diablos podría marcar alguna diferencia la asignatura de alemán o la de manualidades a ese respecto?

Así que parecía que lo que le tocaba era acortar su propio recorrido por este valle de lágrimas, pensó Rosemarie Wunderlich Hermansson antes de encender la luz y ponerse a contemplar su cara en el espejo. Notó que alguien le había pegado una sonrisa.

¿Por qué estoy sonriendo?, pensó. ¿Qué motivo tengo yo para sonreír? No me he sentido peor en mi vida, y dentro de media hora se despertará Karl-Erik. ¿Qué era lo que había dicho el director del instituto? *El profundo timbre metálico que...* ¿cómo continuaba?... ¿que había dado a las nuevas generaciones la caja de resonancia de su desarrollo moral e intelectual? ¿De dónde demonios había sacado eso? Menudo imbécil. *Curso tras curso, generación tras generación, durante cuarenta años. Una roca de la pedagogía.*

Sí, Foca Bergson, de hecho, había llamado «roca de la pedagogía» a Karl-Erik. ¿Se detectaba ahí una pizca de ironía quizá?

Probablemente, no, pensó Rosemarie mientras se introducía el cepillo de dientes eléctrico hasta el fondo de la mejilla derecha. Vera Ragnebjörk, su única compañera de la languideciente asignatura de lengua alemana en el instituto Kymlingevis, solía afirmar que, en Foca Bergson, la dimensión irónica brillaba por su ausencia, de ahí que no se pudiera hablar con él como con una persona normal, y que era sin duda gracias a esa singular carencia que había conseguido mantenerse en el cargo de director durante más de treinta años.

Foca Bergson solo tenía un año menos que Karl-Erik, pero pesaba al menos cuarenta kilos más, y hasta ese triste día, hacía ya casi ocho años, en el que Berit falleció tras caerse desde un telesilla en Kitzbühl y romperse el cuello, habían tenido bastante trato. Los cuatro. Por el bridge y cosas así. Algún que otro viaje a Estocolmo para ir al teatro. Una semana desastrosa en Creta. Rosemarie pensó que echaba un poco de menos a Berit, pero no a Foca Bergson. O sea, tratar con él.

¿Por qué estoy aquí malgastando mis valiosos minutos matutinos pensando en ese don nadie monodimensional?, se preguntó. ¿Por qué no intento pasar un cuarto de hora leyendo tranquilamente el periódico? Creo que estoy a punto de perder el control.

Pero ni con el periódico y una taza de café le vinieron a la mente pensamientos agradables. No se le ocurrió nada positivo. Al alzar la vista hacia el reloj de la pared de la cocina —comprado por capricho en IKEA por cuarenta y nueve coronas y cincuenta céntimos allá por el otoño de 1979, y al parecer indestructible—, este marcaba las seis y veinte, lo que significaba que tendrían que pasar al menos

diecisiete horas antes de que se le concediera de nuevo la gracia divina de poder meterse entre las sábanas y olvidarse de otro día más de penas. Y dormir, dormir.

Ese día era domingo, y también su segundo día como feliz jubilada, «el último cambio vital de importancia antes de la muerte», como algún alma caritativa había comentado, y se decía a sí misma que, de haber tenido un arma cerca, se habría dejado guiar por aquella idea matutina. Pegarse un tiro en la cabeza antes de que a Karl-Erik le diera tiempo a entrar en la cocina con su pijama a rayas, hinchar el pecho y anunciar que había pasado toda la noche durmiendo como un bebé. Y, si luego resultaba que esas historias sobre las experiencias cercanas a la muerte que había leído eran verdad, podría ser muy interesante quedarse suspendida cerca del techo, observando su cara al encontrarla de bruces sobre la mesa, la cabeza en medio de un gran charco de sangre caliente.

Aunque eso tampoco se hace. Menos aún cuando no tienes un arma en condiciones y has de pensar también en los nietos. Tomó un trago de café y, tras quemarse la punta de la lengua, se le encendió la parte del cerebro que regía la vida cotidiana. ¿Qué había en su agenda este segundo día después de que su vida profesional se hubiera acabado?

Limpiar y recoger toda la casa. Así de sencillo. Los hijos y los nietos llegarían mañana, y el martes era el gran día.

El día que debería haber sido el Día, con D mayúscula, pero que de alguna misteriosa manera se había encogido y convertido en una especie de pomposo antievento por culpa de Robert. Ni más ni menos. Durante todo el otoño, habían hablado de invitar a unas cien o ciento veinte personas; las únicas limitaciones las marcaba el aforo del restaurante Svea, pero Karl-Erik había tratado el asunto con el *maître* Brundin al menos una docena de veces, y la asistencia de ciento y pico personas no supondría ningún problema.

No habría supuesto ningún problema. El escándalo de Robert tuvo lugar el 12 de noviembre. Entonces los salones del restaurante ya llevaban tiempo reservados, pero no había sido demasiado tarde para cancelar la reserva. Habían enviado unas setenta invitaciones, y habían recibido una veintena de respuestas afirmativas, pero la gente se mostraba muy comprensiva al explicarles que, debido a unas determinadas circunstancias sin especificar, habían decidido reducir la celebración a una fiesta con el núcleo familiar.

Muy comprensivos todos. El programa había tenido una audiencia de casi dos millones de personas, y los que no lo habían visto se habían dejado informar por los tabloides al día siguiente.

ROBERT EL PAJILLERO. El titular había marcado el corazón maternal de Rosemarie como la huella que deja el hierro candente en una vieja vaca sarnosa, y sabía que, para siempre, mientras siguiera viva, nunca podría pensar en Robert sin añadir ese horrible epíteto. Había decidido no leer nunca más *Aftonbladet* ni *Expressen*, ni ningún otro tabloide, una promesa que hasta el momento no había incumplido, ni había estado tentada de hacerlo.

Una fiesta con el núcleo familiar, por tanto. En el instituto ocurrió más de lo mismo. Allí también se había bajado el discreto telón de la misericordia. De modo que cuando el matrimonio Hermansson, tras un total de sesenta y seis años de servicio, «se retiró del sangriento campo de batalla de la pedagogía», como algún iluminado –aunque difícilmente Foca Bergson– lo había formulado, las celebraciones se limitaron a una prolongación de la reunión del claustro en la que se sirvió tarta y se hizo entrega del mencionado número de rosas rojas, así como de un juego de tazas de cobre martillado para tomar vino caliente. Rosemarie, nada más abrir el paquete, se preguntó si Elonsson

no habría obligado a sus desastrosos alumnos de octavo a hacerlas en la clase de manualidades con metal bajo la amenaza de suspenso general. Elonsson, a diferencia de Foca Bergson, tenía un generoso sentido de la ironía de la vida.

Sesenta y cinco más cuarenta. Esa era la segunda de las grandes sumas de ese mes de diciembre, y el resultado era ciento cinco. Rosemarie sabía que a Karl-Erik le mortificaba que no salieran cien años justos, pero ese tipo de datos no se podían alterar. A decir verdad, su marido no alteraba nunca un dato. Rosemarie hizo un par de estimamientos dubitativos sin levantarse de la silla mientras pensaba en aquella noche hacía cuarenta años, cuando había conseguido frenar dos contracciones para que pasara de la medianoche. La felicidad de Karl-Erik por ese detalle, aunque intentase disimularlo, resultó más que obvia. Y no era para menos: así, su hija primogénita llegaba al mundo el mismo día de su vigésimo quinto cumpleaños. Siempre había existido un vínculo inmensamente fuerte entre Ebba y su padre, y Rosemarie sabía que se había establecido ya en ese momento: en la maternidad del hospital de Örebro a las doce y cuarto de la madrugada del 20 de diciembre de 1965. La matrona se llamaba Geraldine Tulpin, un nombre que no era fácil de olvidar, eso tampoco.

En la familia, la celebración navideña siempre había pecado de un cierto sesgo. Rosemarie nunca había manifestado que así fuera, al menos no con esa palabra, pero no cabía duda de que era sesgo de lo que se trataba. Las personas normales, creyentes o no, consideraban el 24 de diciembre el eje en torno al cual giraba la oscuridad invernal, pero en el seno de la familia Wunderlich Hermansson, el 20 era igual de importante, o más. El cumpleaños de Karl-Erik y Ebba. El día siguiente era el día más corto del año, el corazón de las tinieblas, y de alguna extraña manera Karl-Erik –sin alterar ningún dato, aunque ahí estuvo

muy cerca— había conseguido crear una especie de trinidad. Su cumpleaños, el de Ebba, y el regreso de la luz a la Tierra.

Ebba siempre había sido la niña de sus ojos, su niña mimada; era en ella en la que había depositado todas sus esperanzas. Ni siquiera se había molestado en disimularlo: algunos niños poseen más quilates que otros, así funciona el crisol genético de la biología, había explicado en una ocasión en la que, por muy raro que pueda parecer, se había echado un coñac de más al coeto. Nos guste o no. Y a juzgar por los acontecimientos, pensó Rosemarie con pena y crudeza —mientras se servía otro café, fiable piedra angular en su poco entusiasta proceso del despertar—, todo parecía apuntar a que había apostado por el caballo ganador.

Ebba era una roca. Robert siempre había sido la oveja negra de la familia, y ahora se había convertido en alguien innombrable; un hecho que quizá resultaba menos sorprendente de lo que se quería reconocer. ¿Kristina? Bueno, de Kristina se podía decir que era como era. El niño le había aportado un poco de estabilidad, de ahí que los últimos años los hubiera navegado en aguas más tranquilas que los anteriores, pero Karl-Erik seguía insistiendo en que aún era pronto para cantar victoria, muy pronto.

Pero ¿alguna vez has cantado victoria, mi querido príncipe de madera?, pensaba Rosemarie cada vez que lo decía, y ahora, sentada en su oscura cocina, volvió a pensarlo.

En ese instante, Karl-Erik entró en la cocina de marras.

—Buenos días —dijo—. Es raro. Pese a todo, he dormido como un bebé.

—A mí me parece un poco desesperado —respondió ella.

—¿El qué? —quiso saber Karl-Erik Hermansson mientras encendía el hervidor eléctrico—. ¿Dónde has puesto mi té nuevo?

–En la segunda balda –contestó Rosemarie–. Pues vender la casa y mudarnos a España, ¿qué va a ser, si no? Me resulta..., bueno, algo desesperado, como he dicho. No, a la izquierda.

Karl-Erik trasteaba con latas y tazas.

–An-da-lu-cí-a –articuló con sólidos fonemas castellanos–. Sé que tienes recelos ahora, pero un día me lo vas a agradecer.

–Lo dudo –repuso ella–. Lo dudo de los pies a la cabeza. Tienes que recortarte los pelos de la nariz.

–Rosemarie –dijo Karl-Erik mientras hinchaba el pecho–. Aquí ya no puedo mirar a la gente a los ojos. Un hombre debe ser capaz de andar por la calle con la espalda erguida y la cabeza alta.

–Y ser capaz de inclinarse también –replicó ella–. Esto pasará. La gente olvida y las cosas volverán a tener unas proporcio...

Karl-Erik la interrumpió al dejar su nueva lata de té en la encimera con un buen golpe.

–Creo que ya hemos hablado lo suficiente de ese asunto. Lundgren ha prometido preparar todos los papeles para firmar el miércoles. Estoy harto de esta ciudad. Basta.^[1] Lo único que nos mantiene en este sitio son la dejadez y la cobardía.

–Llevamos treinta y ocho años viviendo aquí –dijo Rosemarie.

–Más que suficiente –repuso Karl-Erik–. ¿Ya te has tomado dos tazas de café? Acuérdate de lo que te he dicho.

–Irnos a vivir a un lugar que no tiene ni nombre... Por lo menos podría llamarse de alguna manera, ¿no?

–Lo tendrá en cuanto las autoridades españolas se decidan. ¿Qué problema hay con Estepona?

–Estepona está a siete kilómetros. El mar a cuatro.

Karl-Erik no contestó. Echó agua hirviendo a sus saludables hojas de té verde y sacó el pan de semillas de girasol de la panera. Rosemarie suspiró. Llevaban veinticinco